

Tecnología y poder

Fernando Vallespín

El hombre más rico del mundo, Elon Musk, es, entre otras muchas cosas, propietario de X, el viejo Twitter, y después de sacar a bolsa su empresa SpaceX se calcula que su fortuna asciende a un billón de dólares. La familia del segundo hombre más rico, Larry Ellison, posee Paramount, que controla el 35 % de la publicidad en EEUU y a su vez MTV y Paramount Pictures, y ha invertido ingentes sumas en el Tik-Tok estadounidense; ahora mismo ha conseguido hacerse con Warner Bros., por la que competía con Netflix. El tercer hombre más rico, James Bezos, es propietario del Washington Post y de Amazon MGM Studios. El cuarto hombre más rico, Mark Zuckerberg, es propietario de los gigantes Facebook/Meta, Instagram y WhatsApp. Hay muchos otros Alexander Karp y Peter Thiel, por su parte, los creadores de Palantir, han logrado entrar en el grupo de las diez empresas tecnológicas más importantes y están entre las 20 empresas más valiosas de Estados Unidos, justo por encima de Coca Cola.

Es posible que el orden en el ranking de la cúspide de la riqueza mundial ya no sea ese, o que haya muchos otros plutócratas, como los propietarios de Google, asociados también al mito tecnológico, pero si traigo a colación todos estos nombres de personas y empresas, es porque es bien expresivo de control de estos personajes sobre la infraestructura digital, datos, producción cultural, distribución de contenidos, redes sociales, cine y televisión. Esa conjunción les otorga un poder superlativo para influir tanto en tecnología como en cultura y, como luego veremos con más detalle, en la política. Ya no es solo que controlen las redes sociales y los medios de comunicación, los lugares donde se concentra hoy la conversación pública, sino todo aquello que habíamos asociado a la imagen más estereotipada de “Hollywood”, con su inmensa capacidad para desplegar una industria del entretenimiento con impacto global. Lo que ha dado en llamarse “cultura de masas” está hoy en sus manos.

Por otro lado, muchas de esas empresas incorporan y desarrollan la IA como parte de su desarrollo tecnológico, como es el caso de la Oracle de Ellison o xAI de E. Musk; Microsoft es el principal inversor en OpenAI, y Amazon en Anthropic; Palantir, por su parte, ha montado su negocio central como proveedor de datos al gobierno de Estados Unidos e Israel, y actualmente, que se sepa, desarrolla la IA para el Pentágono, la CIA y el Mosad. Todas estas empresas son dependientes para su estructura tecnológica de Nvidia, productora de chips, la empresa más valiosa del mundo por capitalización bursátil, 4 billones de dólares. O sea, que el

instrumento llamado a revolucionar la estructura productiva del mundo, el más crítico en los próximos años, depende también de cómo se organice y establezca sus prioridades esta oligarquía plutocrática. Y esto, con independencia de que acabe estallando la burbuja financiera en la que al parecer se encuentra.

Este poder, mezcla de tecnología, medios y capital financiero, es algo inédito hasta ahora en los sistemas democráticos, siempre atentos al equilibrio y control de los poderes económicos y sociales que han de convivir y sujetarse a los dictados de la voluntad popular. Va de suyo, que las grandes corporaciones y, en general, los plutócratas, siempre han tratado de valerse de su privilegiado acceso a los medios, sus contactos informales u otras formas de presión a los cargos públicos para fomentar sus intereses o impedir que estos se vieran conculcados. Ahora estamos ante algo más serio, porque la oligarquía tecnológica no solo tiene evidentes intereses económicos, sino que ejerce una influencia decisiva sobre nuestra vida cotidiana y, lo que va a interesarnos más, la propia democracia.

No nos referimos solo a su reciente componenda con la actual administración de los Estados Unidos, que les ha proporcionado ingentes beneficios fiscales, escalofrantes inversiones en las infraestructuras de IA, y, como pudimos ver cuando se puso en marcha el plan de reducción de la burocracia federal llamado DOGE dirigido por Elon Musk, incluso el acceso a toda la base de datos sobre la ciudadanía estadounidense contenido en sus archivos. Todos recordamos las imágenes de la inauguración del mandato de Trump, donde esta élite ocupaba un espacio privilegiado, como si se tratara de la aristocracia en una monarquía absoluta. Con razón, Varufakis ha otorgado el nombre de “tecnofeudalismo” a esta nueva forma de ejercicio del poder económico, apartada en algunos aspectos esenciales del capitalismo convencional. El capitalismo habría sido reemplazado ahora por el sistema de extracción de rentas característico de las grandes plataformas, y donde gran parte del valor lo generan los propios usuarios -no remunerados, claro-, que les proporcionan datos y contenidos que luego revenden, y los algoritmos acaban supliendo a los precios y los mercados. Es posible que esta realidad, esa provocación contenida en el subtítulo de su libro, *Tecnofeudalismo: el sigiloso sucesor del capitalismo*¹, no se corresponda del todo con la forma en la que se despliega el orden económico de nuestros días, pero no cabe duda de que apunta a un problema real.

Más sutil es el análisis de Zuboff², porque dibuja mejor los peligros que las nuevas tecnologías y su captación en régimen de oligopolio por parte de este tipo de empresas significan para la democracia. Las palabras clave se encuentran ya en

¹ I. Varufakis, *Tecnofeudalismo: el sigiloso sucesor del capitalismo*. Bilbao: Deusto, 2024.

² S. Zuboff, *La era del capitalismo de la vigilancia*, Barcelona: Paidós, 2020.

su mismo título, *Capitalismo de vigilancia*; en efecto, su fuente principal de poder, como venimos diciendo, es el control de datos, sustentado sobre un monopolio de conocimiento técnico que constituye una verdadera gobernanza algorítmica con capacidad para decidir qué informaciones y bajo qué formas o sesgos circulan por los canales habituales con los que llegan al público. Zuboff fue elegida en el número 1 de un ranking que hizo el especial de Ideas del diario El País en 2025 sobre los 10 pensadores tecnológicos más importantes del mundo. Allí, Nuria Oliver describió de forma admirable el núcleo de su estudio, así que la cito:

Si el capitalismo clásico vendía objetos, este capitalismo de la vigilancia nos vende a nosotros mismos: cada pensamiento, cada gesto, cada deseo, convertidos en riqueza ajena. Este modelo constituye una amenaza estructural para la autonomía, la democracia y los derechos individuales porque desplaza el control desde las personas hacia arquitecturas invisibles de vigilancia y modificación conductual. (...) Su obra refleja nuestras ansiedades sobre la captura de datos, la erosión de la intimidad, la deriva autoritaria disfrazada de eficiencia y la manipulación emocional como modelo de negocio, y muestra cómo la lucha por la privacidad y la autonomía es también una lucha cultural y política.

Desde luego, la situación no es muy edificante. Ya lo sabíamos. La reestructuración del espacio público producido por eso que dio en llamarse *democracia digital* quedó muy lejos de esa candorosa expectativa de una apertura de los cauces participativos a la ciudadanía o incluso el advenimiento de algo parecido a una democracia deliberativa. La superación de la anterior democracia mediática tuvo como principal consecuencia la desaparición de todos los *gate-keepers* o intermediarios encargados de filtrar la información, chequearla o velar por su calidad. El resultado no fue precisamente emancipador. Como todo este proceso es bien conocido, me limitaré a presentarlo en dos brochazos.

Primero, han introducido una economía de la atención apoyada sobre un detenido estudio de los procesos psicológicos que afectan al comportamiento humano. Me refiero a los avances habidos en las neurociencias y la psicología cognitiva sobre las pautas que gobiernan nuestras voliciones, la conexión entre emoción y cognición, o nuestra reacción a unos u otros estímulos. Ello ha conducido a una emocionalización del discurso público, en el que el resentimiento, la indignación, la ira, el odio y el morbo prevalecen sobre la reflexión.

En segundo lugar, la imposibilidad de acceder a una realidad objetiva que sirva de sustento común para orientarnos en el mundo. Es el problema de eso que conocemos de forma simplificada bajo el rótulo de la *posverdad*, que ha creado

un curioso campo de batalla, una “guerra de representaciones” o definiciones, que pugnan por imponer una determinada lectura de la realidad o de apropiarse de hechos y palabras; lo que importa es que esté siempre en oposición a la de algún adversario y sirva para legitimar la posición propia. Como dijo Hannah Arendt, en relación con la toma del poder por parte de los nazis, el mecanismo que impide clasificar algo como verdadero o falso es el mejor caldo de cultivo para las fuerzas autoritarias, porque ya no se puede responsabilizar a nadie³.

Por último, y esto es la consecuencia natural de lo anterior, la correlativa pérdida de *auctoritas* de aquellas instituciones que contribuían a “certificar” la verdad o, al menos, acercarse a ella, aunque fuera de forma imperfecta: los tribunales y la investigación judicial, las revistas científicas o centros de investigación y educación, como las universidades, los medios de comunicación tradicionales sujetos a normas de responsabilidad periodística. Que casi toda la comunicación fluya por la red, y que esta no tenga barreras de entrada, permite valerse de aquella para lanzar noticias falsas, programar boicots y contracampañas, desinformar, manipular emociones o facilitar la expansión de teorías de la conspiración y, en general, crear un estado de excitación y enfrentamiento permanente, favorecido por el propio diseño de los algoritmos. El resultado es que al final acaba diluyéndose la distinción entre información y opinión, verdad y falsedad, o razón y conspiración o puro disparate. Por todo este estado de cosas, me parece bien traída la expresión de *infocalipsis* de Aviv Ovadya como descripción de aquello a lo que estamos asistiendo; a saber, el “fallo catastrófico del mercado de las ideas”, esa situación en la que este autor comienza haciéndose la siguiente e inquietante pregunta: “¿Qué daña más a la civilización, no creer en nada o que todos se crean las mentiras?”⁴. No deja de ser sintomático que bajo estas condiciones hayan podido florecer los partidos populistas.

LA IDEOLOGÍA DE SILICON VALLEY

Con todo, en este artículo no voy a intentar abundar en estas cuestiones, ya suficientemente sabidas. Hasta aquí mi objetivo ha sido sacar a la luz el formidable poder que anida en estas tecnologías; a partir de ahora dirigiré mi atención hacia la “ideología”, por decirlo en lenguaje antiguo, que anima las visiones de estos tecno-plutócratas. Porque ellos no solo son sus propietarios y quienes las controlan; actúan también como si fueran los nuevos intelectuales-públicos, los representantes del discurso que supuestamente ha de convertirse en hegemónico en esta nueva era. Máriam Martínez Bascuñán los denomina

³ Esta idea se contiene de manera explícita en H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid: Taurus, 1974, p. 574.

⁴ A. Ovadya, “What’s Worse Than Fake News? The Distortion of Reality Itself”, en *Neoma*, 22 de febrero de 2018.

“tecno-oráculos” o “tecno-filósofos” y, citando al experto Morozov, señala que han contribuido a dar un giro radical a la forma en la que se gestan y distribuyen las nuevas ideas: “El poder ya no se piensa ni se comunica desde los salones académicos ni los viejos *think-tanks*, sino desde foros digitales, plataformas de inversión y redes donde lo ideológico se mezcla con el entretenimiento y la promesa de disrupción”⁵. Carecen, pues, de la legitimidad académica tradicional, ¿pero quién la necesita “cuando ya poseen lo que más importa en el nuevo orden: atención, dinero e influencia”?⁶

Se trata de una ideología o formas de pensamiento todavía en plena fase de desarrollo: es una ideología racionalizadora -y valga la redundancia- de la nueva estructura de poder creado por el nuevo tecno-capitalismo, que provisionalmente podemos calificar como la “ideología de Silicon Valley”. Por tanto, se siente libre de recurrir a unos u otros elementos de la tradición neoliberal o libertaria en función de los intereses específicos que trata de proteger. Como luego veremos con más detalle, su característica fundamental es que establece una extraña fusión de estos elementos tomados de la tradición a otros más propios de la extrema derecha, incluso con incrustaciones que recuerdan a la contracultura de los años sesenta y setenta.

Como es lógico, no se trata de un discurso homogéneo que pueda sistematizarse a partir de determinados textos canónicos, sino de un conjunto de libros, artículos, blogs y declaraciones y entrevistas de algunos de sus más conspicuos representantes: Peter Thiel o Alexander Karp, los fundadores de Palantir Technologies, quizá los más activos a la hora de especificar sus ideas, algunas declaraciones de Musk, etc. **A ello hay que añadir la producción de los think-tanks creados o financiados en parte por algunos de estos *technobros*, como el Seasteading Institute, u otros más tradicionales, como el Cato Institute, de fomento de la ideología libertaria o The Singularity Institute, reconvertido ahora en el *Machine Intelligence Research Institute* (MIRI), de perfil más técnico que político, y otros similares.**

Dos consideraciones más. Primero, su diferencia con respecto a las ideologías tradicionales es que estas se sustentan sobre una filosofía política más o menos coherente y con una importante distancia respecto al devenir de la política del momento; lo que venimos calificando como ideología de Silicon Valley, por el contrario, se ve claramente limitada por coyunturas políticas y por cómo estas pueden afectar a sus intereses económicos. Sus declaraciones contrarias al

⁵ M. Martínez-Bascuñán, *El fin del mundo común. Hannah Arendt y la posverdad*, Madrid: Taurus, 2025, p. 255.

⁶ *Ibid.*

sistema político y el papel del Estado pierden radicalidad en la práctica al irse acomodando a los vaivenes de la política, como luego veremos en el caso de Palantir. Y, en parte derivado de esa misma circunstancia, las tensiones entre estas posiciones rupturistas y las más conservadoras del movimiento MAGA, ambas presentes en la actual administración estadounidense, han bajado sus expectativas de poder realizar algunos de sus fines. El divorcio entre Trump y Musk con motivo del programa DOGE es bien expresivo de los límites que encuentran sus propuestas a la hora de ser aplicadas.

En segundo lugar, por todo lo dicho con anterioridad, carecemos todavía de algún libro que nos explicite de forma analítica los elementos que le sirven de trabazón a este discurso, o si éste acaso existe. Ahora mismo se aprecia alguna literatura general sobre lo que Éric Sadin denomina la “siliconización del mundo”⁷, que van en la línea de los ya mencionados de Varufakis y Zuboff, es decir, analizando más los efectos de la aplicación de estas nuevas tecnologías sobre el sistema político y económico, pero sin una clara y detenida referencia a la doctrina que lo sustenta. O hay algunos buenos libros aislados sobre Thiel o Karp⁸, está la conocida biografía de Musk escrita por Walter Isaacson⁹, donde se relatan también sus ideas, o el discurso del nuevo libertarismo que Quinn Slobodian subsume bajo el título de *Hayek’s Bastards*¹⁰, la corriente quizá más radical y peligrosa dentro de este archipiélago de teorías de la que beben nuestros protagonistas.

En lo que sigue procederé a hacer una breve relación de lo que considero que son sus elementos más destacados, tomando como punto de referencia algunas de las ideas-fuerza que los distingue de la tradición liberal y, allí donde las hubiera, señalando también sus diferencias internas.

a.- *El presupuesto de individualismo radical:*

Este es uno de sus rasgos indiscutibles, que, contrariamente a lo que ocurre con otros autores de la tradición libertaria, como Robert Nozick, afirman el principio de derechos individuales como algo que se da por hecho y no requiere mayor comentario. Aquí, como en las novelas de Ayn Rand, el sujeto idealizado es el capitalista productivo, presentado como héroe moral, siempre en tensión o

⁷ E. Sadin, *La sicolonisation du monde*, Paris: L’Echappée, 2021.

⁸ Sobre Peter Thiel el más recomendable hasta ahora es el de Max Chafkin, *The Contrarian: Peter Thiel and Silicon Valley’s Pursuit of Power*, Londres: Bloomsbury Publishing, 2022: sobre Alexander Karp, Michael Steinberger, *The Philosopher in the Valley: Alex Karp and the Rise of the Surveillance State*, N. York: Crown, N. York: Simon & Schuster, 2026.

⁹ W. Isaacson, *Elon Musk*, N. York: Simon & Schuster, 2023.

¹⁰ Q. Slobodian, *Hayek’s Bastards*, Londres: Allen Lane, 2025.

enfrentado a un gobierno y unas masas vistos ambos como parasitarios. De ahí que en los debates sobre bioética, la privacidad de datos y la autonomía corporal, la visión de que el individuo es un "fin en sí mismo" con derechos inalienables sirve para defender la libertad de elección contra la interferencia estatal, incluso cuando esa elección pudiera tener consecuencias sociales negativas. Aquí resuenan, pues, esas palabras de Nozick (o Thatcher) afirmando que "no existe ninguna entidad social con un bien", el bien se atribuye en exclusividad al individuo.

El elemento novedoso de este individualismo es que ahora cree que las nuevas tecnologías le ofrecen las condiciones objetivas necesarias para poder aspirar al fin a una "soberanía" individual más plena. Es la predicción que en su día hicieron *James Dale Davidson* y *Lord William Rees-Mogg* en un libro que ha servido de fuente de inspiración a medio Silicon Valley¹¹. Su primera edición es de 1997 y contenía predicciones asombrosas, como, por ejemplo, la implantación de las criptomonedas, pero sobre todo constituye una verdadera hoja de ruta para los emprendedores de la sociedad de la información que deseen salirse del sistema, alejándose así de las obligaciones asociadas a la pertenencia comunitaria. En cualquier caso, y esta es otra predicción de sus autores, se producirá un colapso del orden estatal debido a avances tecnológicos como las criptomonedas y la IA.

En su libro *Zero to One: Notes on Startups, or How to Build the Future* (2014), Peter Thiel¹² nos dibuja el tipo ideal del "emprendedor como soberano", que debería ser algo más que un agente económico, debe ser un "creador de mundos", aunque para ello se vea obligado a desafiar el statu quo político, económico y moral. Importa sobre todo su capacidad de innovación, que justificaría incluso la creación de monopolios si lo merece el valor creado, donde quien lo consigue se apropia legítimamente de todos sus beneficios. El emprendedor reemplaza al Estado como agente de progreso y orden: la innovación sustituye a la política; la empresa sustituye a la burocracia.

Como señala Slovdian, este individualismo de los libertarios más radicalizados convive, sin embargo, con ideas de supremacismo cultural o étnico, apoyados en ciencias "duras" como la genética, la psicología evolutiva o la neurociencia, algo así como si las jerarquías sociales se correspondieran con una jerarquía natural. En eso consistiría el "nuevo fusionismo" (*new fusionism*) que inspira hoy a la "derecha alternativa"¹³. Si en épocas anteriores el libertarismo asumió posiciones de la derecha religiosa, la paleta de la que hoy se vale para sostener sus premisas

¹¹ James Dale Davidson y Lord William Rees-Mogg, *The Sovereign Individual. Mastering the Transition to the Information Age*, N. York: Touchstone, 1999, con introducción de Peter Thiel.

¹² P. Thiel, *De cero a uno: Cómo inventar el futuro (empresa y talento)*, Barcelona: Planeta, 2019.

¹³ Q. Slobodian, *op. cit.*, p. 10.

abarca un campo prácticamente ilimitado. Es una visión que se encuentra de también de forma más o menos explícita en algunas declaraciones de E. Musk o los sectores más etno-nacionalistas de la *alt-right*, ya perfectamente integrada en el partido republicano.

b.-El rol del Estado: En contra del Estado regulador, la democracia y la justicia social.

El argumento para sostener estas posiciones se deriva directamente de sus presupuestos individualistas radicales y de la visión neoliberal de que la función fundamental del Estado consiste en proteger al capitalismo de los posibles excesos de la democracia, algo que nos encontramos, por ejemplo, en Hayek, cuando prioriza la libertad de mercado y los derechos de propiedad sobre el libre ejercicio de la voluntad popular. Liberalismo y democracia como matrimonio de conveniencia, que en estos momentos habría encontrado los suficientes motivos para un divorcio. Es lo que Peter Thiel viene manteniendo ya desde 2009 en su artículo “The Education of a Libertarian”¹⁴, donde explícitamente señala que “ya no cree que libertad y democracia sean compatibles” y que de lo que se trata es de “hacer el mundo seguro para el capitalismo”. La democracia liberal pasa a ser vista como un riesgo, porque permitiría que “las masas” intervengan y redistribuyan, es lenta, emocional y está cargada de intereses “irracionales”; el mercado debe protegerse de ese tipo de “democracia”.

Lo que rige para la democracia vale también para el Estado de bienestar o las políticas sociales. La desigualdad de riqueza sigue viéndose aquí, como en la tradición libertaria, como el resultado de la libertad económica, aunque su justificación creen verla reforzada por la capacidad de estos nuevos agentes de la expansión tecnológica para crear una innovación radical y disruptiva, una verdadera máquina de creación de valor que hace obsoleto al Estado. La ubicación de sus protagonistas en la cima de la pirámide de la riqueza se mide, pues, por sus resultados, del mismo modo en que el neoliberalismo se justificaba la libertad económica como medio para promover prosperidad y crecimiento.

Nuestros tecno-filósofos prácticamente ignoran, sin embargo, o prefieren no discutir la teoría de los bienes públicos imprescindibles, como la defensa nacional, la investigación básica, la infraestructura digital o la lucha contra el cambio climático. A nadie se le oculta que las sociedades actuales dependen de una cooperación a gran escala que va más allá de la mera “protección” de los derechos individuales. Las externalidades, los costes o beneficios que una acción

¹⁴ P. Thiel, “Education of a Libertarian”, en *Cato Unbound*, 13 de abril de 2009, <https://www.cato-unbound.org/2009/04/13/peter-thiel/education-libertarian/>

individual impone a terceros, como la contaminación, son omnipresentes y requieren un Estado más activo que esa estructura mínima que propugnan. El caso es que, para el tecnoliberalismo, la tecnología se vería como la solución final y más eficiente para el problema del Estado, que habría de desmantelarse descentralizando las herramientas del poder.

c.- Entre la utopía -la creación de espacios de libertad no modulados por el Estado-, y el pragmatismo, su colaboración con él.

La utopía libertaria, al menos tal y como la había concebido el máximo representante filosófico de esta corriente, R. Nozick, consistiría en ese “lugar donde las personas gocen de la libertad de unirse voluntariamente para seguir e intentar realizar su propia visión de la vida buena en la comunidad ideal, pero donde nadie puede imponer su visión utópica a los demás”¹⁵. Una comunidad de comunidades donde cada cual elige aquella en la que encaja mejor. No existen obligaciones prefijadas hacia la comunidad excepto en aquellas a las que cada cual decida unirse. Esta estrategia de *exit* o salida de la comunidad de origen para crear su propio mundo aparte es compartida también por nuestros tecnofilósofos, solo que ahora a lo grande: en la propuesta de Thiel, tal y como lo formula en el ensayo antes mencionado, existirían tres vías de escape: el ciberespacio, las comunidades online con sus propias leyes de *blockchain*; el espacio exterior; y el *seasteading*, la creación de islas flotantes, el océano como el último territorio donde conseguir “reiniciar la civilización”. Todas ellas estarían libres de la influencia estatal. Es algo que ocurre también con las criptomonedas, dinero sin control público, las plataformas o sociedades privadas que se rigen con reglas propias, los paraísos fiscales digitales, y lo que prevén y esperan para la IA, que se pueda gobernar sin soluciones politizadas, aunque sobre esto no existe el consenso suficiente. Por lo pronto se han asegurado también, al menos nos consta de personajes como el propio Thiel o el Zuckerberg, la creación de amplios espacios e instalaciones en Nueva Zelanda para huir allí en el caso de que se produzca un colapso civilizatorio, un enfrentamiento bélico mundial o alguna otra situación de emergencia.

Tampoco hay consenso en lo que hace a la colaboración con el Estado. Alexander Karp, de origen alemán como Thiel, y, como éste, de sólida formación filosófica y compañero en la creación y desarrollo de Palantir, ha adoptado una posición más pragmática. A decir de su biógrafo, Steinberger¹⁶, es un personaje lleno de contradicciones: comenzó perteneciendo al sector progresista del viejo Silicon Valley para acabar ganando un bonus en su empresa de casi 7 mil millones de

¹⁵ R. Nozick, *Anarchy, State and Utopia*, Oxford: Basil Blackwell, 1974, p. 312.

¹⁶ *Op. cit.*

dólares y apoyar decididamente la campaña de Trump. En su libro, *La república tecnológica*¹⁷, título de resonancias platónicas, y donde ejerce la pluma como un rey-filósofo, advierte que la obligación del gremio tecnológico debe ser con su propio país. Por tanto, han de dirigir sus esfuerzos y atención a la construcción de la tecnología y la IA que tenga la capacidad de abordar los desafíos más inmediatos a los que se enfrenta como colectividad. Afirma, así, de forma rotunda, que Silicon Valley tiene una obligación explícita de participar en la defensa de la nación y la articulación de un proyecto nacional –“qué sea nuestro país, para qué sirven nuestros valores, y a favor de qué estamos”. Su colaboración con el Gobierno ya la conocemos, aportar datos para favorecer la vigilancia de la ciudadanía, entre ellos para el ICE, el órgano encargado de supervisar la inmigración ilegal, contratos con el Pentágono y la CIA. La razón de Estado y la obligación con la patria se impone sobre consideraciones normativas deontológicas, al universalismo moral que en teoría rige en todos los sistemas democráticos. Quienes poseen el saber más poderoso de su época no pueden declararse neutrales ni retirarse a construir herramientas sin asumir por qué y para quién se diseñan, deben asumir su responsabilidad hacia la comunidad de referencia. Curiosamente, su socio P. Thiel sigue pensando lo contrario y se aferra a su proyecto antes mencionado de buscar “vías de escape”, que ahora parece haber encontrado asentándose en la Argentina de Javier Milei.

Si traigo esto a colación es porque en este tipo de actitudes se aprecia la doble cara que muestra este discurso. Por un lado, aspira a una ruptura total desde dentro del orden institucional y político, como se apreció en el programa DOGE y algunos más; por otro, aplica una actitud más pragmática, donde el beneficio económico se prioriza sobre sus supuestos ideales filosófico-políticos. Pero no nos engañemos, su tutela de la gestión tecnológica y el inmenso poder derivado de ella aspira a una lenta pero ininterrumpida penetración de los organismos públicos, cada vez más dependientes de la privatización de sus capacidades y del *know-how* necesario para lidiar con la nueva complejidad. En último término, su aspiración es la de mandar sin la necesidad de ocupar cargos formales de gobierno, una tecnocracia formada por expertos, directivos de empresas privadas y del sector tecnológico.

Con todo, lo más característico de la ideología de Silicon Valley es, como ha puesto de manifiesto la filósofa Anna-Verena Nosthoff, es que la digitalización sería un proceso de “cibernetización” de la sociedad mediante la “gobernanza algorítmica”, un proceso automático de control y ajuste que sustituye a la deliberación y autonomía política colectiva tradicionales. No se trata ya de

¹⁷ A. Karp, N. W. Zamiska, *The Technological Republic. Hard Power, Soft Belief and the Future of the West*, N. York: Vintage Digital, 2025.

convencer con razones o visiones del mundo, que es a lo que aspiraban las ideologías tradicionales, sino mediante “terapias” o “reprogramaciones” aplicadas a través de las nuevas tecnologías¹⁸. Si, como afirma Elon Musk, el ser humano no es más que “una computadora biológica”, un ordenador de carne y hueso que procesa información, no hay que convencerlo, sino *reprogramarlo*. “No en vano, aquello contra lo que lucha Elon Musk lo presenta como el *woke mind virus*, supuestamente un ataque liberal de izquierdas al sistema operativo de la opinión pública. Y su remedio frente a ello fue comprar Twitter, es decir, controlar la información de entrada, orientar las estructuras y los contenidos hacia la derecha para modificar la información de salida”¹⁹. Es decir, se trataría de algo parecido a un *nudging* -o condicionamiento externo de comportamientos- de dimensión gigantesca, prácticamente imperceptible para los afectados.

No es este el lugar para entrar a debatir sobre la mayor o menor adecuación de estas ideas a la naturaleza humana, o la potencial incompatibilidad que esta visión tiene con el concepto de libertad que muchos de estos *tecnobros* afirman sostener, sino el tratar de sacar a la luz el peligro de que quienes están en posesión de estas tecnologías, ese pequeño grupo del que hablábamos al principio, pueda poner en práctica sus fines. No en vano, en sus manos están los instrumentos para poder hacerlo. Lamento acabar con una nota un tanto fúnebre, pero me temo que en unos años nos encontraremos ante una democracia vaciada, hueca, donde esta constelación de poder tecnológico, mediático y financiero sea el que al final acabe decidiendo. Lo seguiremos llamando democracia, pero no sabemos si ya lo habrá dejado de ser.

¹⁸ Anna Verena Nosthoff, *Kybernetik und Kritik: Eine Theorie digitaler Regierungskunst*, Fráncfort: Suhrkamp. 2026

¹⁹ Cfr. en la entrevista de esta autora en *Die Zeit*: <https://www.zeit.de/digital/2026-05/anna-verena-nosthoff-kybernetik-gehirn-elon-musk/komplettansicht>.